

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

Los COMPAS

PERDIDOS EN EL ESPACIO



1. LA INVASIÓN ALIENÍGENA

—¿Qué son esas luces? —preguntó Trolli, señalando hacia lo alto.

—Parecen... No sé... ¿Una lluvia de meteoritos? —indicó Mike, contemplando alucinado el espectáculo.

—Los meteoritos caen hacia abajo, no vuelan en formación. Es pura lógica redonda —observó Timba.

Sí, no cabía la menor duda: aquellas luces, fueran lo que fueran, no «caían». Volaban en grupos de tres, en formaciones triangulares, y las había a cientos. Al principio iban todas juntas, pero luego varias se separaron del conjunto principal volando en diferentes direcciones: sur, norte, este, oeste... y puntos intermedios. Sin embargo, el grupo más numeroso continuó su descenso directo sobre Ciudad Cubo. Esta formación, además, incluía una luz diferente a las otras. Más grande, más brillante. Y en vez de blanca, era de un brillante tono amarillo, parecido al oro.

Los Compas y sus amigos, Rius, Raptor, Invíctor y Sparta, no podían dar crédito a lo que veían. A medida que las luces se acercaban comenzó a oírse un ruido estridente que taladraba los oídos. Aunque ya era de noche, y un poco tarde, más y más gente comenzó a salir de sus casas para ver qué

estaba sucediendo. Cuando la gran luz dorada, escoltada por una docena de luces blancas, se encontraba a unos pocos metros del suelo, los Compas, sus amigos y el resto de ciudadanos cúbicos pudieron al fin ver lo que se les venía encima.

—No me digas que son... —empezó a decir Timba.

—¿Pizzas voladoras? —preguntó Mike.

—No son pizzas, no —empezó a decir Raptor—. Son...

—¡Platillos volantes! —exclamaron todos a la vez.

Y así era. Frente a los asombrados ojos de la multitud estaba teniendo lugar un suceso inimaginable, algo que solo se había visto hasta ahora en películas y series, pero que nadie se podía imaginar que ocurriera en la realidad: ¡una invasión alienígena! Y no una cualquiera: una señora invasión en toda regla, con montones de naves. El platillo más grande, que parecía ser el líder de la flota, volaba directo hacia la plaza principal de Ciudad Cubo mientras el resto se distribuía por diversos puntos estratégicos: zonas industriales, comisarías, cuarteles del ejército. Los recién llegados no estaban improvisando y, a juzgar por lo visto, no cabía duda de que las demás flotillas estaban ocupando en ese momento otras ciudades importantes por todo el planeta. Fueran quienes fueran aquellos alienígenas, su invasión había sido bien planeada.

—Corramos a la plaza —dijo Trolli—. Así sabremos lo que está pasando.

—¿Es necesario? —preguntó Timba—. Es que es tarde y tengo un poco de sueño.

—¡Chicos, que esto es gordo! —señaló Invíctor—. Nos visitan los alienígenas.

—¿Pero entonces, traen pizzas o no? —preguntó Mike, relamiéndose.

—Madre mía, vaya dos, Timba y Mike. Venga, vamos todos de una vez. Está saliendo todo el mundo a la calle, no nos lo vamos a perder nosotros, ¿no?

Eso era cierto. Una auténtica multitud se concentraba en las calles, cada grupo en dirección a algún lugar donde hubieran aterrizado naves alienígenas. Había muchas para escoger, pero los Compas prefirieron acudir a la plaza principal, como había propuesto Trolli. No solo porque allí estaba aterrizando la nave capitana, sino también porque no quedaba demasiado lejos. Así, a pesar de las multitudes que atascaban las calles, en unos pocos minutos los siete amigos lograban llegar al mismísimo centro de Ciudad Cubo... y de la invasión.

—Qué de gente, rayos y tormentas —protestó Rius—. Casi no cabemos. En Tropicubo estaríamos menos apretados.



—Si aquello estará lleno de turistas —observó Raptor.
—Levantadme del suelo, que no veo nada más que cabezas —protestó Mike.
—Yo tampoco veo nada —añadió el pequeño Sparta—. ¿Por qué creéis todos tanto?

Trolli y Timba levantaron en el aire a Mike para que pudiera ver lo que pasaba por encima del gentío. El fuerte Invictor hizo lo mismo con Sparta. El espectáculo merecía la pena.

—Qué pasada. Es una nave enorme —dijo Mike con los ojos abiertos como platos. Por un momento hasta se le olvidó el hambre—. Ocupa toda la plaza.

—Es increíble. Parece un sueño —comentó Timba.

—Pues por una vez... estás despierto.



La nave dorada ocupaba casi media plaza, no toda, como había exagerado Mike, pero lo cierto es que era un armatoste impresionante, cubierto en toda su superficie de escotillas, tubos y luces. Un detalle llamativo era el dibujo que cubría todo el casco del aparato: una red de hexágonos dorados que daban a la nave un aspecto muy curioso. Sobre lo que parecía ser un gran portón o escotilla de acceso se veía el dibujo de un hexágono más grande cuyo interior aparecía cubierto de líneas paralelas alternativamente amarillas y negras. Este símbolo, que se repetía en otras naves, parecía ser el emblema de los visitantes.

—A esta gente les debe de gustar las colmenas —dijo entonces Trolli.

No sospechaba cuánta razón tenía, aunque no iba a tardar en saberlo, pues en el preciso momento en el que



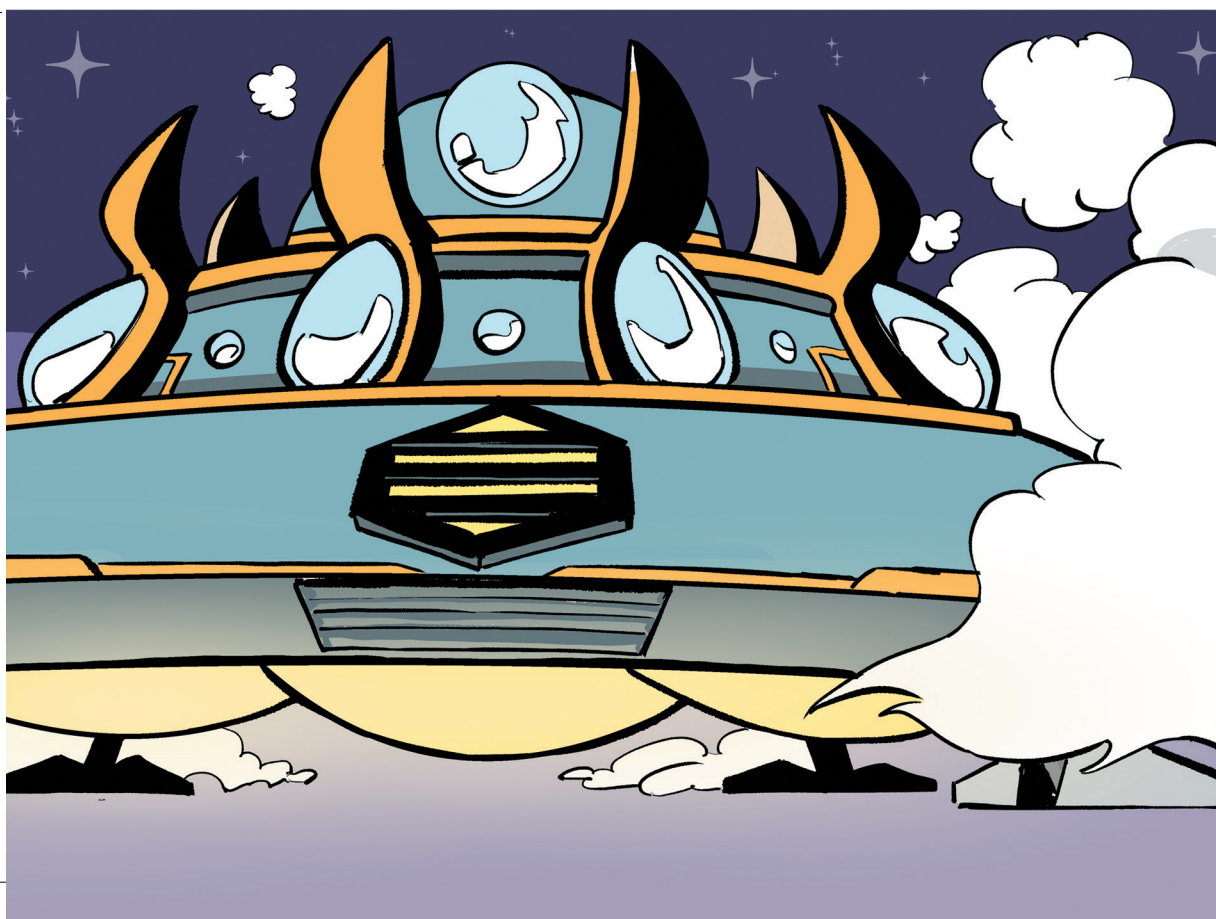
pronunciaba estas palabras el portón de la nave comenzó a abrirse despacio, soltando mucho humo, como suele verse en las películas.

—Se les está quemando la cena —bromeó Timba.

—Mmmmmm, cenaaaa —se relamió Mike, recordando, ahora sí, que tenía bastante hambre desde hacía un rato.

—A ver si la cena vamos a ser nosotros —se lamentó Trolli.

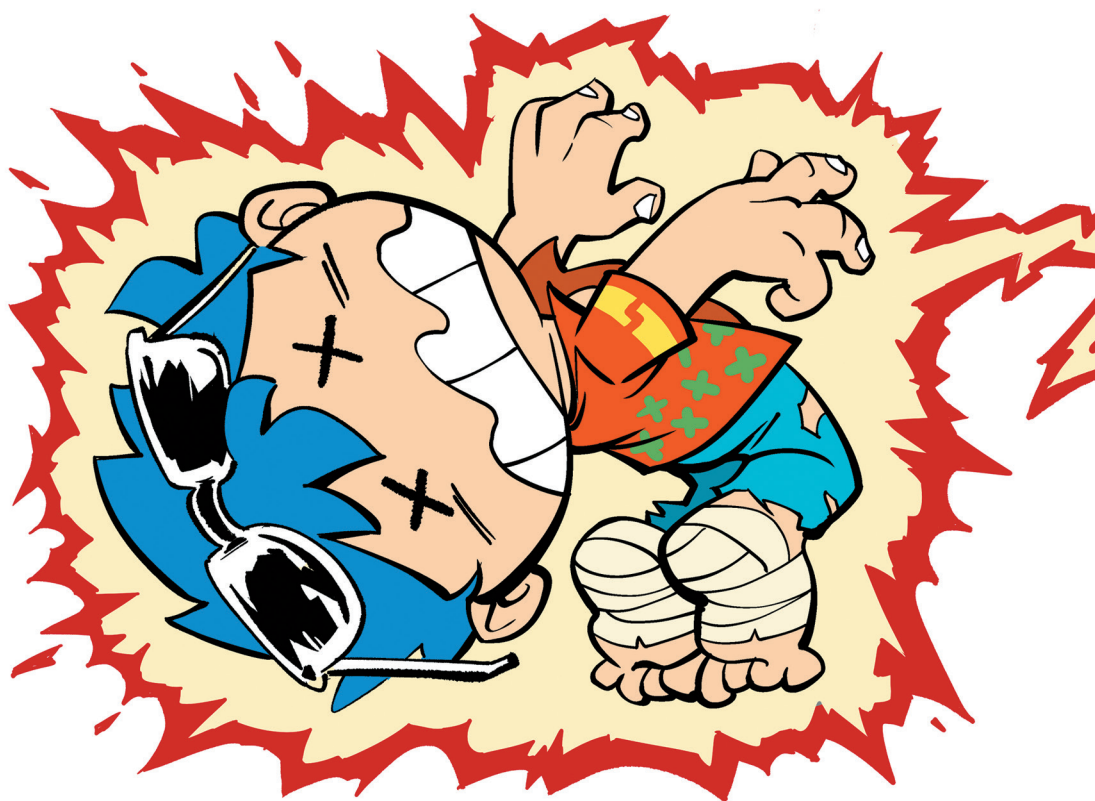
La gran escotilla se abrió del todo y del interior de la nave comenzaron a salir, a miles, sin parar, unos seres nunca vistos en el planeta Cúbico. De estatura más bien pequeña y aspecto humanoide, tenían la piel verde, una cabezota grande con enormes ojos negros. Tampoco tenían orejas, aunque parecían ser capaces de oír muy bien. Se comunicaban entre sí con unos zumbidos agudos. Por supuesto, ni



los Compas ni ninguno de sus paisanos podían entender ni jota de esa lengua.

No obstante, si las pintas eran raras, peor era su actitud amenazadora. Los alienígenas vestían una especie de uniforme militar, se protegían la cabeza con grandes cascos y todos iban armados hasta los dientes. Los ciudadanos se alarmaron al comprobar que aquello no era, desde luego, una visita amistosa, sino una invasión en toda regla. Y no tardaron ni un minuto en demostrarlo: a empujones y de mala manera los visitantes obligaron a la gente a reunirse alrededor de las naves. No serían muy grandes, pero tenían mucha fuerza.

—¡Eh, ya vale de dar apretones! —protestó Timba, enfrentándose a uno de aquellos tipos.



Como toda respuesta uno de los soldados alienígenas disparó su arma contra Timba, el cual cayó redondo al suelo, como un saco de patatas.

—¡Timba! —exclamó Trolli, ayudando a su amigo—. ¿Qué has hecho, loco?

Trolli, muy enfadado, quiso atacar al invasor, pero sus amigos lo sujetaron para que no corriera la misma suerte que Timba. Este, por su parte, permanecía tan quieto y silencioso que todos temieron lo peor, pero de pronto soltó un ronquido y comprobaron lo que le pasaba: simplemente estaba dormido como un tronco.

—Ahora sí que se está *esforzando* —rio Mike, aliviado—. Sus armas duermen a la gente.

—Pues ni que hubieran elegido a Timba aposta para probarlas —comentó Trolli, más tranquilo.



Aunque no había habido víctimas, la situación no dejaba de ser grave. Los alienígenas no estaban allí en plan de broma y parecían tener las cosas muy claras: en pocos minutos habían concentrado a todo el mundo alrededor de la nave principal y todo intento de resistencia, incluso los realizados por algunos agentes de policía y varios militares del ejército cubícola, fueron neutralizados sin el menor problema. ¡Ciudad Cubo había caído en manos de los invasores en apenas cinco minutos! Probablemente todo el planeta se encontraba en la misma situación y lo peor de todo es que no había manera de entender los terribles sonidos que emitían aquellos seres procedentes de quién sabe dónde.

Entonces, cuando todo el mundo aguardaba, muy asustado, en la plaza, un alienígena de aspecto femenino y de tamaño más grande que el de sus congéneres, con grandes alas como de libélula, salió de la nave y comenzó a «hablar» a los presentes. En fin, más que a hablar, a emitir ruidos y zumbidos:

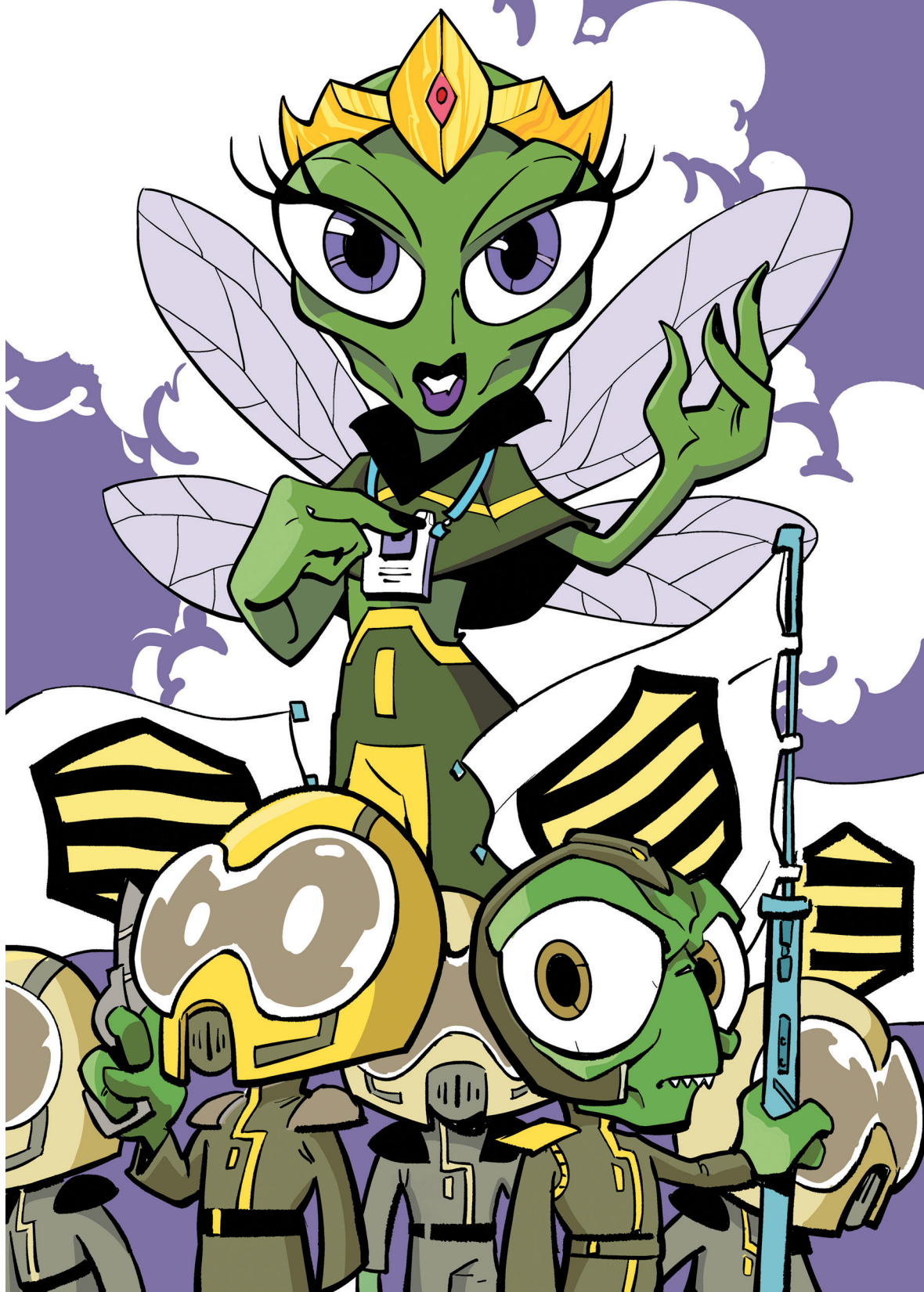
—Zzzzz, bzzz, zummm, zumm, bzzzz...

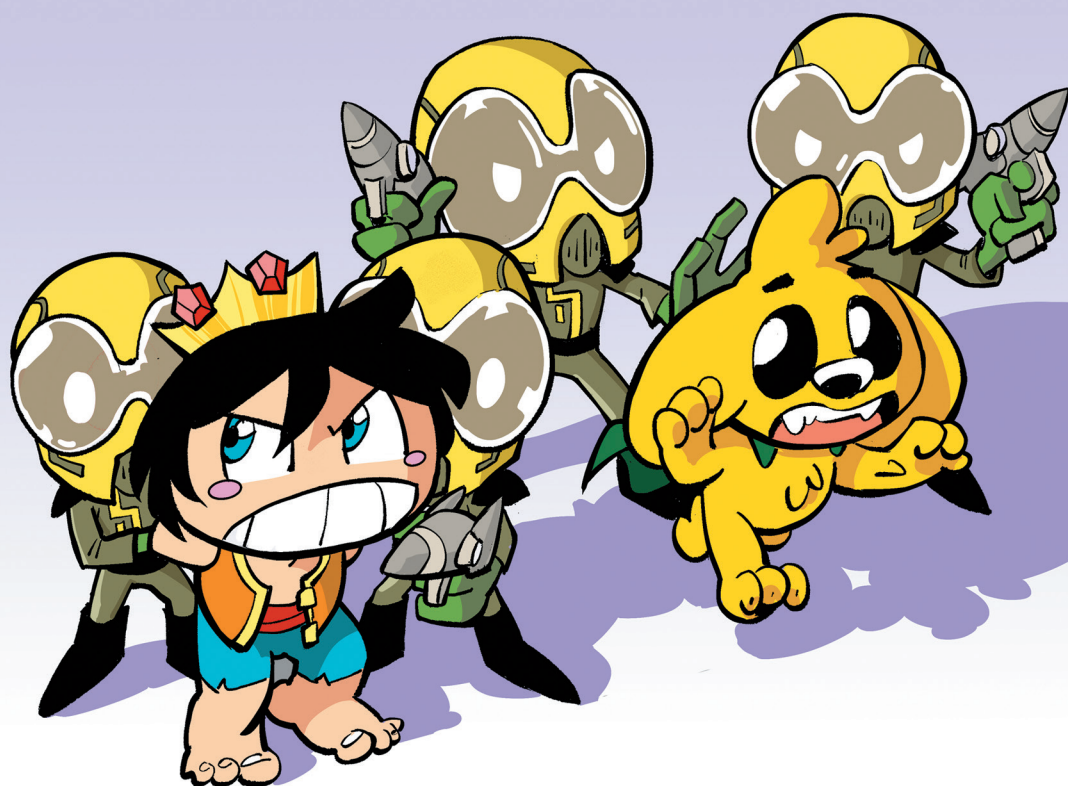
La alienígena puso cara de contrariedad mientras manipulaba un artefacto que llevaba sujeto al pecho:

—¡Ya está! —sonó una voz metálica de pronto, y ahora ya sí se la entendía—. ¡Condenado traductor automático! Siempre falla en el peor momento. ¡Ejem! Buenas noches, queridos cubícolas. Soy la reina del Imperio colmenero. Me llamo Kahpahtrachasra-ja III, pero como no vais a saber pronunciarlo, me podéis llamar Sabrina.

—No suena ni parecido —observó Trolli en voz tan alta que se escuchó en toda la plaza.

—¡Silencio, descarado! Suena como a mí me da la gana. Soy la líder del ejército colmenero, el más poderoso del universo entero...





—Anda, si rima —dijo entonces Mike—. Podríamos hacer una canción: ¡Colmenero, colmeneroooo, famoso en el mundo enteroooooo!

—¡Será posible! ¡Guardias, capturad a esos bocazas!

En medio segundo Trolli y Mike fueron detenidos y llevados a empujones ante la reina Sabrina.

—¡No hemos venido aquí a aguantar bromistas! —les advirtió la jefa de los invasores con un gesto feroz—. Ni a soltar discursos largos...

—Menos mal —se burló Mike.

Esta vez la respuesta fue inmediata: un disparo del rayo adormecedor de uno de los guardias. En medio segundo Mike estaba roncando tan profundamente como Timba.



—A ver si así se calla —gruñó la reina Sabrina, poniendo cara de enfado—. Decía que no quiero enrollarme porque odio dar discursos, el traductor este pesa una barrilada y, además, lo que quiero deciros es fácil de resumir: mi imperio necesita el oro de vuestros yacimientos. La construcción de nuestra arma secreta definitiva...

—Si dice que es secreta deja de ser secreta —interrumpió un soldado, en voz baja.

—¿Y qué más da, si somos invencibles? ¡A callar! Como decía, nuestra arma requiere todo el oro disponible para hacerse realidad. Es un material muy escaso en la galaxia y da la casualidad de que vuestro planeta está lleno de yacimientos muy ricos de ese recurso. Sobre todo cerca de esta ciudad.

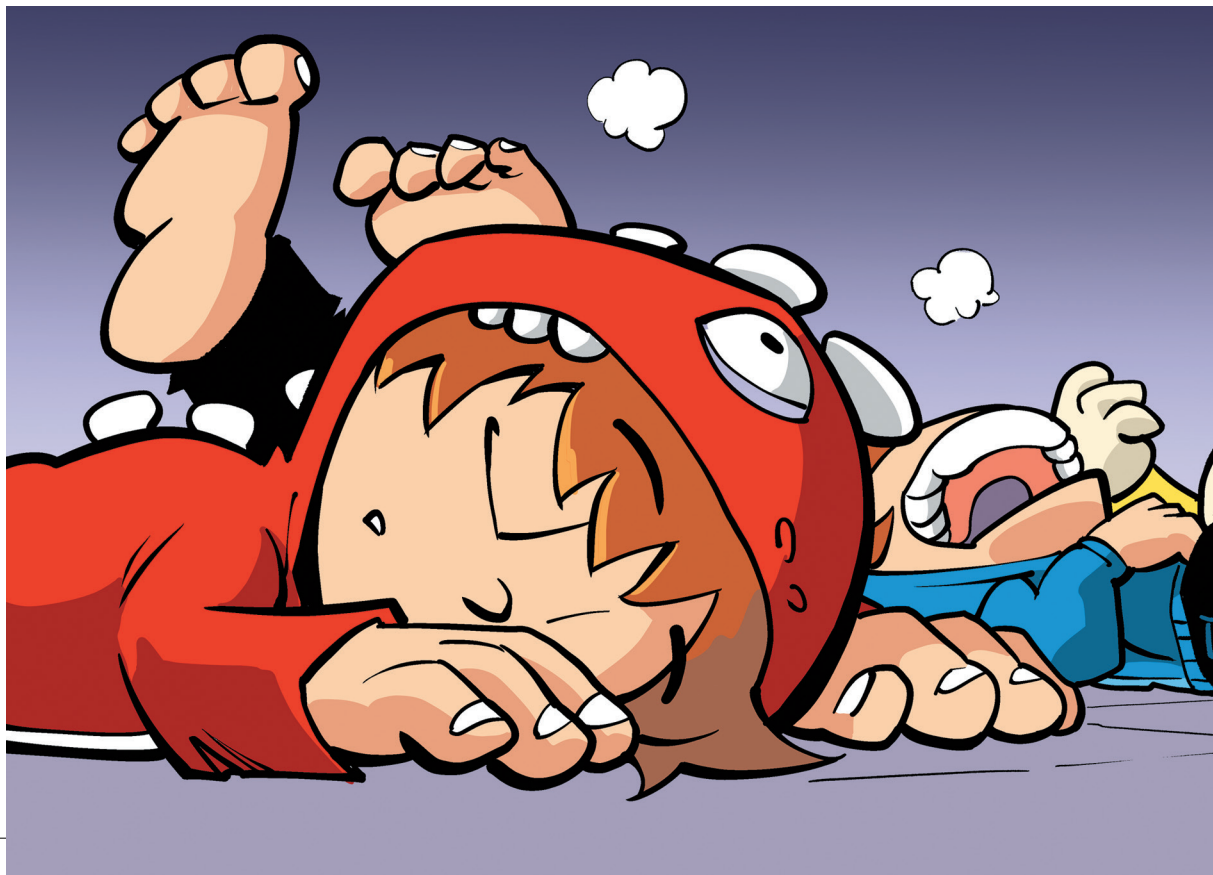
—Y nosotros buscando tesoros por ahí —comentó Trolli, sorprendido.

—Os preguntaréis qué pintáis en esto: pues que el oro no se extrae solo, así que os ocuparéis vosotros de sacarlo de las minas. ¿Está claro el plan? Y si alguno está pensando en negarse... ¿Necesito seguir explicando lo que somos capaces de hacer? Más os vale no ofrecer resistencia.

Un espeso y asombrado silencio llenó la plaza durante unos instantes. El pobre Trolli, sujeto todavía por un par de invasores, fue el primero en romper el silencio:

—¡No nos vamos a rendir, reina de pacotilla! ¡Adelante, cubícolas!

Fue un gesto de valor muy apreciado por sus conciudadanos, que al escuchar el grito animando a la resistencia comenzaron a enfrentarse a los invasores. Por desgracia, era cierto que no había nada que hacer. Los colmeneros eran muy



numerosos y sus armas, aunque no letales, resultaban muy eficaces. En cuestión de minutos todos los que intentaron atacar a los colmeneros, empezando por Trolli, habían sido derribados por el rayo adormecedor. Los demás, viendo la situación, decidieron que era mejor idea rendirse.

—¡Excelente! —vociferó la reina Sabrina—. Veo que empezáis a entender la situación. Ahora trabajad duro para nosotros y podréis llevar con orgullo el nombre de... ¡esclavos del Imperio colmenero!

Tras decir esto, la reina se retiró al interior de su nave con una risotada. Lo hizo tan fuerte que Timba se despertó de pronto, sorprendido del espectáculo que lo rodeaba: cientos de personas roncando, tiradas por el suelo de la plaza.

—¡Vaya! Y luego dicen que el dormilón soy yo.

Por desgracia, las intenciones del malvado Imperio colmenero no eran precisamente las de bromear.

